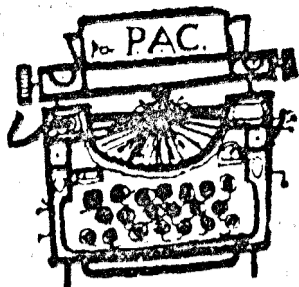


escrito a máquina

El pasado,
a veces, es un
buen espejo



Entre las orientadoras "Cartas de un cristiano impaciente" que publica semanalmente José Jiménez Lozano en la revista "Destino" de Barcelona, leí no hace mucho una sobre los últimos días del Imperio Romano, llena de tantas sugerencias y analogías para nosotros en estos momentos que procuraré resumirla y glosarla.

Situémonos en el año 406 y siguientes. Los Bárbaros (bárbaro significaba extranjero, extraño a la civilización; hoy diríamos: los hombres de "ideas exóticas") han abierto el primer portillo en las defensas del Imperio Romano. Han cruzado el Rin, han tomado Maguncia y el norte de las Galias y comienza a cernirse una negra amenaza sobre la Capital del Imperio. Desde Hipona, en el Africa, el gran San Agustín escribe a uno de sus amigos de Roma: "Tu última carta no me dice nada de lo que sucede en Roma. Sin embargo quería saber lo que hay de verdad en un confuso rumor llegado hasta mí: el de una amenaza a la ciudad. No quiero darle crédito".

Agustín quiere a Roma. Teme por ella. Es un humanista formado en la gran tradición greco-latina y siente horror ante la brutalidad de los invasores.

Pero ¿qué Roma es esa por la cual teme Agustín y a la cual amenazan vándalos, suevos y alanos? —Es, aunque nos duela decirlo, la Roma cristiana, la heredera de Constantino. Agustín había defendido la asunción del Estado en la Iglesia, la confesionalización de la política, pero esto ¿de qué había servido? —Los gobernantes se llaman cristianos, es cierto. Los magnates creen pertenecer a un mundo cristiano. Desde que era "político", es decir ventajoso y bien visto por las altas esferas el ser cristiano, abundaban los "cristianos". Naturalmente, cuando la política lo exigía el cristianismo era usado por los políticos, incluso para el crimen. El más sonado de esos crímenes se cometió en la escuela de filosofía de Alejandría (una especie de universidad: ya desde entonces los centros de enseñanza eran campo agitado de pasiones políticas). Los cristianos "oficiales" sorprendieron al filósofo neoplatónico Hypatio mientras se dirigía a dar clase a su escuela, lo hicieron bajar del coche que lo transportaba, lo llevaron a una iglesia, lo despojaron de los vestidos y lo hicieron pedazos. (No sé si alegaron que era extranjero...)

Sin embargo, no todo era así. Había una Iglesia que no olvidaba sus fuentes y la gloria de sus mártires. Habían cristianos verdaderos. Gracias a ellos fueron penetrando poco a poco ideas cristianas en la legislación: una cierta delicadeza con la mujer, la renuncia a marcar la cara de los esclavos con un hierro al rojo, un sentido nuevo de la justicia... etc., pero las arbitrariedades de los poderosos iban en aumento. Pronto, pues, la Iglesia tuvo que enfrentarse contra ese poder disfrazado de cristianismo. Y esa es su gloria. Recordemos a Ambrosio, obispo de Milán, quien no sólo condenó a Teodosio, el emperador, por la masacre de Tesalónica, sino que se adelantó a proclamar una tolerancia y una libertad que aún hoy es un estímulo para nuestros obispos: "ES INDIGNO DE UN EMPERADOR —le dijo— NO TOLERAR LA LIBERTAD DE PALABRA Y ES INDIGNO DE UN SACERDOTE EL CALLARSE SU OPINION".

No, no se callaron aquellos cristianos. Y pronto el poder, que se llamaba cristiano desde Constantino, tuvo que usar la fuerza contra ellos: contra papas y obispos, clérigos o fieles. Por una razón: porque éstos se negaron a decir "amén", o sea, a considerar a esos poderosos como dioses omnipotentes; porque se negaron a aceptar que un hombre fuese juzgado sin garantías procesales, porque rechazaban la fuerza y la tortura y porque tenían la lengua larga para denunciar la injusticia y para desenmascarar el falso cristianismo de los gobernantes y de los ricos.

Un día es el propio Papa Liberio el que es llevado al Tribunal por el Emperador Constancio. ¿Qué se le pide? Que condene a Atanasio, un obispo, a quien el Emperador quiere excomulgar porque "ha hecho política" contra él.

El formidable diálogo entre el Papa y el Emperador ha quedado escrito por la fiel burocracia legalista del Imperio. Es de hoy. El Papa dice al Emperador: no puedo condenar a Atanasio sin un proceso.

El Emperador replica: Ya he hecho yo ese proceso.

Liberio contesta: Todos los que firmaron estaban influidos por tí.

Entonces, furibundo, el Emperador amenaza. Pero el Papa, con calma, contesta: "Los que no tienen en estima a Dios prefieren los favores que reciben de tí y han firmado una sentencia de condenación sin juicio. Una tal conducta es extraña a los cristianos".

(Si agregáramos al nombre de Atanasio el

apellido de Saujinés, de Alvarez o de Arrién, la escena se hace actual. Pero nos falta el Papa Liberio, a quien el Emperador hizo lo único que pueden hacer los pobres poderes de este mundo: una barbaridad: lo desterró a la Tracia).

Así operaba el Imperio, oficialmente cristiano, mientras en sus fronteras avanzaban los Bárbaros. La arbitrariedad, la explotación y la injusticia aumentaban de día en día y con ellas la delincuencia y la disolución moral del pueblo.

El obispo Osorio escribía que "había romanos que preferían conocer la pobreza y la independencia entre los Bárbaros antes que padecer la carga de los impuestos y la arbitrariedad entre los Romanos". Y otro escritor, Salviano, dice: "Aquella pobre gente exasperada anhelaba la llegada del enemigo y suplicaba a Dios que les enviase a los Bárbaros". (¿No tiene un sonido familiar esta exasperación de los romanos en tantas gentes de hoy, que al ver la arbitrariedad de unos y el servilismo de otros, pierden toda fe en una solución democrática y

anhelan, exasperadamente, la llegada de los que ya están en las fronteras...?)

Ciertamente. No todos los cristianos se asustaron tanto como Agustín ante la caída del Imperio. El propio Salviano —a pesar de ser él mismo un expulsado de su patria por los Bárbaros— se enoja con los cristianos llorones de civilizaciones muertas en las que parecen creer más que en el Cristo Eterno.

Porque los Bárbaros llegaron. El 24 de Agosto de 410 Alarico entraba en Roma y la pasaba literalmente a cuchillo. De nada valieron las Legiones. Lo único que subsistió fue esa débil Iglesia, pisoteada y exilada por los poderosos, la Iglesia de Liberio y de Ambrosio que volvió a levantar la cruz sobre la fiera de los bárbaros, cristianizándolos, humanizándolos, logrando con su hábito divino el surgimiento de nuevas civilizaciones que hoy, otra vez, caen en los viejos errores cuando en las fronteras nuevos Alaricos avanzan...

PABLO ANTONIO CUADRA